

ISLAS SALOMÓN

BIENVENIDOS A LAS HAPI ISLANDS



A@ : Gabi Steindl
📷 : Stephan Kleinlein

CUANDO AL SUBIR A LA PEQUEÑA AVIONETA ME DI DE BRUCES CON MI BOARD-BAG, EN MITAD DEL PASILLO Y AMARRADA A UNOS ASIENTOS VACÍOS, ME DI CUENTA DE QUE ESTE VIAJE IBA A CONVERTIRSE EN UNA VERDADERA AVENTURA. UNA AVENTURA QUE ME LLEVÓ FUERA DE MI ZONA DE CONFORT DE MUCHAS MANERAS Y EN MÁS OCASIONES DE LAS ESPERADAS.

Mi idea inicial al planificar esta aventura era buscar un lugar con viento y olas en una localización poco o nada explorada por otros kites con anterioridad. Para no perder detalle de toda la acción conté con la colaboración de Stephan Kleinlein, un reputado fotógrafo de deportes de acción. Debo reconocer que lo que nos encontramos en esta antigua colonia británica, formada por más de 990 islas dispersas en un área de 310.000 km2 de océano entre Papúa Nueva Guinea y Vanuatu, superó con creces nuestras expectativas más optimistas.

¿Qué hago aquí?

Lo más curioso de todo es que nada más llegar a Honiara, la capital de las Salomón, me pregunté muy seriamente quién diablos me había mandado venir a este rincón polvoriento y carente de higiene del Planeta. Una pregunta creo que lógica teniendo en cuenta la suciedad acuciante, el tráfico tan alocado como peligroso, la proliferación de baches en las carreteras, las manchas de sangre por doquier y la actitud incívica de muchos de los lugareños.

Afortunadamente mi estado de ánimo tomo otro cariz nada más encontrarme con Garedd, un agente de viajes local independiente de 120kg de peso, lleno de tatuajes tribales melanesios y sorprendentemente parecido al jefe Tui de Moana de Disney. Siguiendo las recomendaciones de Garedd la mañana siguiente embarcamos en una pequeña avioneta rumbo a Gizo, la capital de la provincia occidental que lleva el nombre de un infame cazador de cabezas local. Durante los 50 minutos que duró el trayecto las vistas desde la pequeña ventanilla de plexiglás me dejaron sin palabras: infinidad de islas paradisíacas de todos los tamaños y formas emergiendo entre unas aguas multicolores de turquesa y azul se me antojaron como la perfecta visión del paraíso en la tierra.

En Nusatupe, pequeña isla donde está localizada la pista de aterrizaje de Gizo, nos encontramos con Jeremy y Shamiah Baea, dos simpáticos veinteañeros locales que nos llevaron en barco hasta nuestro destino: Sepo. En Sepo pasamos varias jornadas explorando los fondos marinos, cogiendo olas con la tabla de surf y, por supuesto, navegando con el kite en unas localizaciones de una belleza sobrecogedora. Durante nuestra corta pero intensa estancia en la isla tuvimos oportunidad de realizar una inmersión en Toa Maru, el naufragio más grande e impresionante de las Islas Salomón. Una inmersión inolvidable que va de los 7 a los 37 metros de profundidad y en la que puede apreciarse la rica y variada flora y fauna marina de este rincón privilegiado del Planeta.

Otro de los puntos álgidos de mi estancia en Sepo fue una sesión de kite ¡Con picnic incluido! en una maravillosa playa de arena blanca y agua turquesa que terminó con una “pandilla”



de cerdos salvajes degustando los restos de nuestro pequeño e improvisado banquete.

“Spider Island”

La siguiente parada en mi recorrido explorador me llevó a Ulawa, también conocida como “Spider Island”. Ulawa es una pequeña isla ajena al turismo que se encuentra en Ulawa-Makira, la provincia menos desarrollada de las Islas Salomón. Garedd lo organizó todo para que durante mi estancia en la isla pudiera alojarme ¡Como el primer invitado blanco! en el poblado de la



ULAWA ES UN PARAÍSO EN MINIATURA, RODEADO DE ENORMES PALMERAS, EN EL QUE SUS HABITANTES VIVEN EN PERFECTA ARMONÍA CON LA MADRE NATURALEZA.

tribu “Ahetola”. Ulawa está rodeada por una pequeña pista que se extiende a lo largo del perímetro exterior de la isla. Un paraíso en miniatura rodeado de enormes palmeras en el que sus habitantes viven en perfecta armonía con la Madre Naturaleza.

Mis anfitriones en la isla eran el tío Aaron de 67 años y sin dientes, su esposa Florence, su hijo Yanni y la tía Harriet, que según sus propias estimaciones rondaba el siglo de vida. En este rincón del mundo las personas son muy religiosas y las costumbres estipulan que las mujeres deben usar falda (pareo) en todo momento. Como bien puedes imaginar en Ulawa no hay Internet ni electricidad, sólo algunos paneles solares distribuidos por el gobierno de las Salomón. Cada uno de los días de mi estancia en la isla empezó con un “Ha’Hu-Le’e-Chi-ne” (“Buenos días”), y el canto de alguno de los gallos que corrían libremente por el poblado de los “Ahetola”.

Mis días en Ulawa transcurrieron tranquilos, entre los monólogos impagables de Aaron a la luz de las fogatas nocturnas, los cantos en la iglesia de ladrillo blanco situada enfrente mismo de la casa de Aaron y Florence, y mi inmersión en las tradiciones y ritos locales. Mención aparte merece mi relación con los niños de la aldea, tímidos y distantes en un primer momento y amigos de juegos y acompañantes inseparables a los pocos días de conocernos. Una timidez comprensible teniendo en cuenta que nunca habían tenido relación con una mujer de piel blanca y pelo rubio de 1,70 cm de altura. Debo confesar que resultó muy difícil hacerles entender porque una mujer casada había decidido no tener hijos cuando según ellos “de eso es de lo que trata el matrimonio”, y aún menos que un hombre maduro de buen parecer como Stephan todavía no estuviera casado. Costumbres al margen, los niños del poblado me confesaron que los viajes en camioneta al otro lado de la isla (donde no habían estado nunca) fue lo mejor que les había pasado en su corta vida. En una playa virgen de arena blanca como la nieve y aguas turquesas pasamos las horas surfeando y esperando la llegada de viento para levantar la cometa. De vuelta en la pequeña aldea Florence y la tía Harriet siempre me sorprendían con alguno de sus deliciosos platos, sencillos pero deliciosos.

Namuga Village

Mi siguiente destino me estaba esperando a 2 vuelos en avioneta de Ulawa y un recorrido en barco de aproximadamente 45 minutos. En Namuga Village, en el área de Star Harbor, me encontré con Alfred Murray, responsable del “Star Beach Resthouse” y miembro de la tribu “Atawa”. Tras los saludos de rigor Alfred me comentó que como en muchos otros puntos de las Salomón en Namuga Village no disponen de electricidad, Internet ni automóviles. Para salir del paso se desplazan en barco y obtienen algo de electricidad gracias a un pequeño generador. En los primeros días, entre los pioneros del surf, Star Harbor fue considerado un spot a la altura de otros de renombre internacional como Bali o Fiji. Después de un buen rato mirando con detenimiento las imágenes de mi ordenador portátil Alfred captó a la perfección mi plan de acción para los siguientes días. Entusiasmado me sugirió viajar hasta una playa localizada el otro lado de la península: “Una de las más hermosas de las Islas Salomón”. El recorrido a pie y en barca a través del oscuro bosque de mangles en dirección a la playa paradisíaca se convirtió en uno de los momentos más aterradores de mi vida. La posibilidad ¡Muy real! de ver emerger del agua a un cocodrilo de agua salada no me permitió respirar tranquila hasta que llegamos a Toraa. En la aldea de los Amewa fui recibida por Eratus, el delgado jefe de 75 años que me esperaba con los bra-



zos abiertos y una enorme sonrisa. Durante un buen rato, después de obsequiarle con algunos regalos traídos de Australia, el jefe de los Amewa me habló de sus costumbres y me presentó ¡Uno a uno! a su extensa familia formada por 10 hijos, sus respectivas esposas y sus 20 nietos. Aunque estoy segura de que Eratus no terminó de comprender cuales eran mis planes, no dudó ni un segundo en concederme permiso para practicar kitesurf en su playa rodeada de palmeras y escarpados acantilados esculpidos a capricho por las olas del océano.

Invitado inesperado

Esa misma noche soporté los peores dolores de mi vida. Durante 4 largos días permanecí en cama entre sofocos, fiebre alta y dolores articulares y de cabeza como nunca había expe-



rimentado. Como descubriría más tarde, ya de regreso en Australia, un invitado inesperado se había presentado por sorpresa: la temida fiebre del dengue. Afortunadamente me recuperé a tiempo para una jornada de kitesurf en la paradisíaca playa de los Amewa. El entusiasmo de los niños de la aldea me dio la fuerza necesaria para vencer mi debilidad física y disfrutar de una sesión inolvidable. Cuando parecía que lo peor ya había pasado el ciclón Liua arremetió con fuerza contra las Islas Salomón y contra el pequeño bote a motor de fibra de vidrio en el que Stephan y yo nos embarcamos para dirigirnos al aeropuerto. Un trayecto, entre Namuga y Santa Ana, que ninguno de los dos olvidaremos fácilmente y al que sobrevivimos refugiados bajo una pequeña lona que no evitó que termináramos completamente empapados y con los huesos doloridos.

